

ESTUDIOS RECIENTES SOBRE SAN JUAN DE LA CRUZ

San Juan de la Cruz continúa en primer plano del interés religioso y cultural. Por ello se multiplican a la par las ediciones de sus escritos y los estudios sobre los mismos. Esta revista, que ha procurado ser portavoz periódicamente de la actualidad sanjuanista, hizo hace pocos años (en 1968) un balance de la producción de los últimos lustros. Prolongando aquella información, presenta hoy varias obras recientes que han llamado a sus páginas en busca de difusión y comentario. Son las siguientes:

1. SAN GIOVANNI DELLA CROCE, *Poesie*, introduzione, traduzione e note a cura di Letizia Falzone. Edizioni Paoline, 1971. 143 pp. 19 cm. (col. « Patristica »).
2. *Vida y obras de san Juan de la Cruz...* por el P. Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús, Lucinio Ruano, O. C. D., 6ª ed. Madrid, B. A. C., 1972. 1074 pp. 20 cm.
3. LUCIEN-MARIE ET JACQUES-MARIE PETIT O. C. D., *Actualité de Jean de la Croix*. Recueil des études présentées au Congrès de la Plesse (Angers) et publié sous la direction de... Bruges, Desclée de Brouwer, 1970. 272 pp. 20 cm. (col. « Présence du Carmel », n° 12).
4. BORD, ANDRÉ, *Mémoire et espérance chez Jean de la Croix*. Préface de Henri Gouthier. Paris, Beauchesne, 1971. 326 pp. 18 cm.
5. MORALES, JOSE LUIS, *El Cántico espiritual de san Juan de la Cruz: su relación con el Cantar de los Cantares y otras fuentes escriturísticas y literarias*. Madrid, edit. Espiritualidad, 1971. 273 pp. 21 cm.
6. DUVIVIER, ROGER, *La genèse du « Cantique spirituel » de saint Jean de la Croix*. Paris, « Les Belles Lettres », 1971. LXXIX, 536 pp. 21 cm.

1. - La inclusión de textos sanjuanistas en una colección que se rotula « patristica » puede parecer oportunista o un tanto arbitra-

ria. No lo es más que las obras de san Francisco de Sales, santa Catalina de Sena o Alfonso Rodríguez que figuran en la misma serie. En la visual en que las ediciones Paulinas (sección italiana) se han colocado al reseñar los textos de los «padres» del pensamiento cristiano, la presencia de un exponente como san Juan de la Cruz es obligatoria más bien que arbitraria. Por lo demás, se trata de consideraciones marginales al libro mismo. Contiene únicamente la versión de la obra poética del Doctor Místico. La traducción va precedida de una sobria introducción y acompañada de breves notas de carácter doctrinal, orientadas a facilitar la comprensión del pensamiento original o de su expresión simbólica.

Letizia Falzone no ha intentado realizar una presentación reservada a especialistas o eruditos. Al contrario, ha querido hacer accesible el contenido de la poética sanjuanista a los no «iniciados» (*premessas*, p. 5) en los estudios de teología mística. Su empresa debe valorarse teniendo en cuenta este criterio básico. Dos partes definidas por la índole imperativa de estos trabajos comprende el libro. La introducción (p. 7-39) y el texto de las poesías (p. 43-125). Complementan el bello volumen un amplio índice analítico (p. 127-141), en que se incluyen por orden alfabético los conceptos más destacados, y la lista de los nombres citados en la introducción o en las notas.

Sobria y suficiente la introducción general, cumple las exigencias de una propedéutica elemental a la obra poética sanjuanista, sintetizando el ambiente histórico en que nace y narrando el itinerario biográfico en que se inserta naturalmente. Cierra esa presentación una sumaria indicación de los escritos del Santo y el elenco de las poesías compuestas entre 1578 y 1586.

En la versión no se sigue el orden cronológico, sino que se agrupan por secciones o géneros literarios, comenzando por los poemas llamados mayores y concluyendo con las glosas. Cada pieza o cada grupo va precedido de una explicación sucinta del contenido doctrinal, de las circunstancias históricas en que se compuso y de otros detalles clarificadores. En todo ello hay que destacar un sentido muy notable de equilibrio, ponderación y serenidad, marginando temas polémicos o disquisiciones eruditas que no ayudarían en nada al lector corriente a quien se destina el libro.

Una nueva versión original de los versos sanjuanistas es en sí misma empresa de tanto empeño que obliga al aplauso y al reconocimiento de quienes se sienten beneficiados. Existen muchas traducciones en italiano y sería fuera de lugar establecer aquí comparaciones con la realizada por Letizia Falzone. Personalmente me ha satisfecho su versión y nada parece pueda oponerse a los criterios en que está basada: mantener la forma métrica original, para trans-

mitir la entonación melódica; desvinculación de la rima, para no alterar la fidelidad al pensamiento del Santo. Ante todo y sobre todo fidelidad, como intento supremo (p. 37). Si en algunos casos no se llega a esa exactitud del pormenor, ideal perseguido por todo traductor, se debe al fenómeno insalvable de los matices lingüísticos. Sirva de ejemplo un caso clásico en san Juan de la Cruz: « Y el ventalle de cedros aire daba » (*Noche*, 6/5), no logra versión exacta en casi ninguna lengua. La de L. Falzone es relativamente aceptable: « E le fronde dei cedri fresco davan » (p. 62). Tampoco suelen dar con el sentido preciso del verso 3º del *Cántico* en la estrofa 15 (A/24 B) la mayoría de los traductores. Las versiones italianas repiten casi indefectiblemente la interpretación de la primera, realizada en 1627, es decir: « Di porpora vestito » (aquí, p. 49), que no responde al sentido genuino del « en púrpura tendido », aplicado no a un personaje, sino al « lecho florido ».

Estas consideraciones no quieren ser censura de la benemérita traducción que comentamos. Todo lo contrario. Están hechas para que se constate el interés con que la hemos leído y para denunciar el serio empeño que se ha puesto en salvar la fidelidad al texto sanjuanista. Sólo en casos extremos, apenas insalvables, se puede disentir seriamente de la interpretación que se ha dado al original español. Y este juicio positivo lo queremos extender también a la introducción. Dentro de los límites de ponderada sobriedad, impuestos por la colección, se han reunido los datos más elementales y pertinentes para introducir al lector en el santuario de la poesía sanjuanista. Si acaso se permitiese alguna sugerencia en vistas a posibles reimpressiones, nos atreveríamos a proponer un alejamiento aún mayor de zonas relativamente distanciadas de la obra que se presenta, como en el caso del ambiente histórico. Reducir a pocas páginas una problemática tan compleja entraña graves peligros, incluso para especialistas. Se corre el riesgo de juicios demasiado genéricos y de apreciaciones harto discutibles, cuando no se cae en tópicos anacrónicos. Señalo, a título de ejemplo, un caso de notables consecuencias: la tesis de Américo Castro sobre el semitismo como clave de la interpretación de la historia de España (p. 27). Me queda una duda relativa a la interpretación y consiguiente versión de las poesías « vueltas a lo divino ». ¿Esta expresión tiene su exacto y exclusivo correlativo en italiano en la versión aquí repetida constantemente « strofe volte in chiave mistica »? Puede ser que la « chiave mistica » sea válida para el Santo, pero el procedimiento de los « contrafacta » se extiende a muchos autores en que no cabe hablar de mística. Bastaría una sumaria lectura del clásico libro de War-dropper sobre el tema.

2. - La edición completa de los escritos sanjuanistas más divulgada en nuestros días es la incluida en la « Biblioteca de Autores Cristianos » (B. A. C.). Seis ediciones entre 1945 y 1972 es un buen refrendo de su aceptación. Más aún si se tiene en cuenta que he recorrido su itinerario en competencia con otras ediciones de características parecidas. El hecho da fe de que existe una fuerte demanda de sanjuanismo. Dicho en términos menos comercialmente hirientes, de que son muchos los lectores de san Juan de la Cruz. Y del hecho una consecuencia, que los autores de esta edición formulan así al fin del prólogo: « San Juan de la Cruz goza, pues, de callada y eficiente actualidad dentro de la Iglesia católica, hace ecumenismo dentro del cristianismo, mientras también anda entre las inquietudes de hombres sinceros y de buena voluntad de nuestro tiempo. Es oportuno y actual » (p. XXXII). Muy bien dicho. Si esa oportunidad y esa actualidad se deben a las tres circunstancias apuntadas en el mismo prólogo « para dar o no el visto bueno a la presente edición después de las cinco precedentes » (p. XXI), no será a mí a quien toque sentenciarlo. Me parece que no son necesarios tales factores para « dar el visto bueno » a la nueva edición. Como requisito ineludible ha intentado mejorar las precedentes. Sobre las ediciones de cualquier otra procedencia ésa de la B. A. C. tiene de partida una ventaja difícil de colmar: la excelente biografía del P. Crisógono que sigue siendo insustituible, por mejor lograda que todas las demás. El P. Matías ha seguido cuidando con cariño su texto sin descuidar detalle alguno que la investigación posterior haya esclarecido. Respecto a la edición anterior apenas ha tenido que incorporar nada nuevo. La mejora más destacada (explícitamente anunciada, p. 5) ha sido la compulsación directa de los testimonios del proceso de beatificación guardados en los Archivos Vaticanos y hasta el presente servidos de segunda mano. Compartimos el criterio de no modificar el texto original del P. Crisógono, relegando a notas o apéndices las rectificaciones que impongan los estudios modernos. Es lógico que se acepten únicamente los logros científicamente seguros; no las hipótesis o pistas de investigación. Parece que el P. Matías no cree todavía suficientemente garantizadas algunas rectificaciones recientes, relativas en su mayor parte a la composición de los primeros escritos. Tampoco apunta insinuaciones dudosas sobre la estancia y primeros viajes del Santo a Pastana. Acaso en ambos puntos sea aconsejable hacer por lo menos constancia de las dificultades procedentes de la documentación y de las soluciones intentadas.

En la reimpresión de los textos sanjuanistas se han introducido bastantes novedades, sugeridas en parte por demostraciones excеси-

vamente modestas del editor (cf. p. 360), que tiene títulos tan legítimos como el que más para considerarse especialista en el campo sanjuanista. Con su paciente revisión textual apunta hacia un ideal que nadie negará generoso y excelente: « localizar y aislar, cada vez lo mejor posible, la sintonía que deje escuchar con más nitidez la dulce y autorizada palabra del poeta y del maestro. Todo, transido de devoción y de conciencia de servicio a lo que pensamos que es un culto a la autenticidad de un patrimonio eclesial » (*presentación*, p. 360).

Pienso que el peor modo de colaborar a tan laudable intento es el de dedicarle al editor un engolado panegírico. Se le prestará un leal servicio, no « sometiéndole a juicio y a obligada sanción » (de lo que justamente se lamenta), sino proponiéndole noblemente sugerencias e incluso diversidad de replanteamiento de temas que pueden incidir en la presentación más adecuada del texto. Personalmente no nos mueve otro deseo en esta ingrata tarea de « recensor ».

Según el propio editor, P. Lucinio Ruano, dos son las novedades de monta ofrecidas en esta sexta edición. La incorporación de la carta autógrafa (publicada en esta revista), no accesible todavía al gran público, y una nueva ordenación de los escritos. Lo primero era obligado; lo segundo, ciertamente no. Carece de sentido discutir un tema donde las apreciaciones personales juegan papel tan importante. Incluso en el plano científico son válidas diversas sistematizaciones editoriales de los escritos, según los objetivos que se persigan. No es el caso, pues, de detenernos a ponderar la validez de los motivos que le han inducido a cambiar el orden seguido hasta ahora en las ediciones precedentes (cf. p. 361-363). Para información del lector que tenga a mano alguna de ellas, y quiera establecer comparación con ésta, señalamos la nueva reestructuración. Se suceden así los escritos: *Cartas*, *Poesías*, *Dichos de luz y amor*, *Avisos y Cautelas*. En los llamados escritos mayores no se altera la disposición de las ediciones anteriores, por tanto, tenemos: *Subida*, *Noche*, *Cántico* y *Llama*. En los apéndices complementarios, de tanta utilidad, como el *Guión bibliográfico*, *ideario práctico*, *índice bíblico* y *Lexicón breve*, apenas se introduce otra cosa que « leves y obligados retoques ». Cada escrito o grupo de escritos va acompañado de una sumaria introducción donde se proponen los puntos relacionados con su historial y su texto crítico (p. 363).

Añadamos otras aclaraciones de indudable interés para el lector culto y para los estudiosos del Santo. Como en las dos ediciones precedentes se ofrecen las dos redacciones del *Cántico* y de la *Llama*. Aparecen en este orden: en primer lugar, seguido de la *Noche*, el texto del *Cántico B*; inmediatamente el texto primitivo del mismo,

que el editor llama *borrador*, por seguir para el mismo el manuscrito de Sanlúcar de Barrameda. En este texto mantiene fielmente la ortografía de la famosa copia anotada y corregida por el Santo. En las dos formas de la *Llama* se edita el texto en paralelismo en la misma página, cosa excelente y factible, dado que no existe alteración del orden redaccional como en el *Cántico*. Notemos, como última peculiaridad de la presente edición, que en el texto de las cartas se ha abandonado el criterio seguido en las precedentes de dar junto a la lectura moderna la transcripción paleográfica de los autógrafos.

Como se ve, no son de mucha monta las inovaciones. Sí son suficientes para hablar de nueva edición y no de simple reimpresión. Un mínimo de experiencia enseña que muchas veces las casas editoras son más responsables que el autor de una edición de los cambios introducidos. Ignoramos si el fenómeno se ha verificado en este caso. Enjuiciando objetivamente la situación quedamos un tanto perplejos. Instintivamente salta a la mente la duda de si merece la pena alterar en cada edición el orden de los escritos. Esa y otras modificaciones obligan a comprar una tras otra todas las que publica la B. A. C. Para la editorial puede ser un aliciente ¿lo es tanto para lectores y estudiosos? ¿No es preferible llegar a un patrón fijo que no imponga ese gravamen económico y la falta de concordancia en las referencias de los estudios basados en las ediciones sanjuanistas de la B. A. C.? Motivos económicos aparte, se tiene la impresión de que no hay posibilidad de asentar un criterio definido y constante en la disposición del *corpus sanjuanista*. ¿Será ésta la definitiva ordenación? Mucho me temo que no. Y pese a las consideraciones apuntadas, personalmente no estoy convencido de que se haya logrado el ordenamiento ideal. No propongo criterios infalibles. Cada uno puede opinar a su gusto, pero si se adopta una norma, lo lógico es ser consecuentes con ella. Se propone en la nueva edición un compromiso entre el orden lógico y la secuencia cronológica de los escritos, pero termina por triunfar (al menos dentro de los grupos) la cronología. No comprendemos el porqué se coloca entonces el *Cántico A-borrador* después del *Cántico B*. Si entre ambos textos existe evolución, lo normal será que se vaya del *terminus a quo* al *terminus ad quem*. Incluso se podría discutir si, ateniéndose a la facilidad de comprensión y a la cronología, el primer *Cántico* no debería ir antes de la *Subida-Noche*. En todo caso no estaría mal una justificación más razonada del abandono cronológico, cosa que tendría fácil fundamentación partiendo de la temática.

A propósito del *Cántico* ofrecemos otra consideración al diligente editor. Una vez más repetimos que apuntamos al servicio y no a la crítica por sí misma. Se nos escapa la razón de dar una trans-

cripción fiel de la ortografía del borrador-Sanlúcar, mientras se invierte el proceso en los autógrafos, como en los *Avisos* de Andújar y las cartas. Pese a la fidelidad o garantía textual del célebre manuscrito sanluqueño, su ortografía está muy distante de la sanjuanista; mucho más que la de otros manuscritos menos exactos en la transmisión del texto. Se trata de un espejismo. Creer que se da algo sanjuanista, cuando en realidad no tiene nada que ver con la manera de escribir del Santo. A lo sumo se puede adoptar ese criterio en las correcciones y adiciones de su pluma: *salvo meliori!*

Aunque el editor no acepta en la introducción las sugerencias de quienes se sienten insatisfechos por la forma unitaria que en ediciones precedentes se había dado a la *Subida* y a la *Noche*, sin embargo, se acomoda a la tesis separacionista en la presentación del texto. Ni que decir tiene que nos parece un acierto. Mantenemos, por tanto, la misma postura que se califica de « débil y tímida » (p. 453). Ni hemos rehuído un debate (en el que no teníamos por qué entrar) ni ahora hacemos polémica si reiteramos nuestro convencimiento de que editar como obra única la *Subida-Noche* es falsificar lo que hizo y escribió san Juan de la Cruz. Al editor no le corresponde publicar lo que pudo o quiso hacer, sino lo que de hecho hizo: dos obras que se integran doctrinalmente, pero que son distintas en su composición o redacción. Que nuestra argumentación es nula (p. 453, not. 16), pues no había motivo para cambiar el sistema seguido en ediciones anteriores. Nos gustaría saber cómo por el camino de la crítica textual se puede llegar a la unificación editorial.

Reflexiones muy parecidas suscita el planteamiento de los *Avisos*. Si fuera de los de Andújar no hay más « que el indiscutible sanjuanismo de la idea y un fundamento documental razonable, dentro ya del terreno de las probabilidades y del acercamiento a lo que sería lo auténtico » (p. 424, not. 6), creo no está fuera de lugar pedir que en las ediciones se clarifique la procedencia y el grado de autenticidad de cada serie, como sugeríamos en otro lugar y le parece desmesurado al editor (l. c.) ¿ Acaso no puede asegurarse que ciertas series no son otra cosa que composiciones exactadas de los escritos auténticos por coleccionistas del Santo? Me parece que estamos en un campo ampliamente abierto a mejoras en las ediciones. El que no sea propio de ediciones de grande difusión, no anula el hecho en sí mismo.

El lector no muy familiarizado con cuestiones técnicas y de especialistas puede llegar al término de nuestras consideraciones con una impresión desfavorable respecto a la nueva edición. Tal juicio sería injusto e inexacto. Nuestro diálogo con el editor ha rozado únicamente los puntos en que creemos posible un perfeccionamiento o

una modificación de criterios. Queda a salvo el conjunto de su trabajo; y queda muy en alto, tanto, que a nuestro entender estamos ante la mejor edición que corre en la lengua original del Doctor Místico. Opinamos así no por razón de la excelente suma sanjuanista que se encierra en un volumen tan manejable. Lo afirmamos, sobre todo, con referencia al punto concreto y más delicado del texto mismo. Supera a todos los demás en el acercamiento a lo escrito por la pluma de san Juan de la Cruz. Ello se debe a la elección de los manuscritos de mayor garantía crítica y a su minuciosa confrontación. Caso elocuente es el de la *Subida*. Los demás editores se contentan con reproducir el de Alcaudete (salvo en las omisiones, mutilaciones y yerros evidentes) sin tener en cuenta que Juan Evangelista cometió no pocos errores en la copia; tantos y aún más que otros copistas menos vinculados que él al autor de la obra. Algo semejante podría decirse respecto a la *Llama*. No dudamos de que el P. Lucinio continuará su labor de artesano, puliendo y mejorando en detalles su excelente edición. Sólo nos atreveríamos a pedirle que defina de una vez para siempre el orden de los escritos y los retoques no obliguen a nuevas ediciones (salvo descubrimientos imprevisos) sino a simples « reimpresiones ».

3. - Para conmemorar el centenario de la obra reformadora de san Juan de la Cruz, se reunió un congreso de especialistas en Angers (La Plesse) entre el 21 y 24 de noviembre de 1968. Este libro contiene la quinta esencia de lo tratado en aquellas reuniones de estudio. Ha quedado marginado intencionadamente lo que era contorno; lo que apenas incidía en esas motivaciones que hacen « actual » a san Juan de la Cruz.

La preparación del material ha corrido a cargo de los organizadores del Congreso, PP. Lucien-Marie y Jacques-Marie Petit. Esta unidad de dirección ha permitido sintonizar mejor las aportaciones de los diversos colaboradores en la línea prefijada, evitando digresiones y dispersiones. La perspectiva de la « actualidad », intencionadamente enfocada, no fue en el Congreso, ni lo es en el libro, la del panegírico o la estadística. Es la de su dimensión ecuménica y de su respuesta a la problemática del hombre en « problema y duda », es decir, del hombre de hoy.

A nadie se le oculta el peligro de una postura exclusivamente metahistórica. Supondría hacer a san Juan de la Cruz un problema más de la problemática moderna. Y lo que importa y se persigue es hacerle un guía y una respuesta. Para ello es necesario anclarlo, fondearlo existencialmente, lo que equivale a recorrer un itinerario histórico desde su momento vital concreto hasta el nuestro. De ahí que

la primera parte del libro cuide de enraizar al Santo en su ambiente y en su contexto histórico. A ello responden los temas desarrollados por dos especialistas de la historia carmelitana, Otger Stegink y J. Baudry (p. 51-110). Estudia el primero el entronque de san Juan de la Cruz en el Carmelo secular, mientras el segundo analiza su aportación y su significado en la Reforma comenzada en Duruelo.

Una segunda parte lanza un puente e intenta descubrir la supervivencia y la proyección de la mística sanjuanista en « los signos » de nuestra época. Los puntos de contacto, el sentido exacto y el valor del mensaje sanjuanista en la espiritualidad de hoy los presenta con certero enfoque y clara visión. A. M. Besnard. Conviene reflexionar sobre algunas de sus observaciones respecto a cierta falsificación de perspectiva cuando se quiere identificar la mística purificadora del Santo con ciertas posturas banalmente bautizadas como místicas. Llama la atención sobre esa especie de democratización de la noche de la fe. No estamos ante la adhesión total a Dios que en la tiniebla mantiene inquebrantable la fidelidad. La noche sanjuanista nada tiene que ver con el confusionismo mental, la huída cobarde, las crisis de frustraciones personales inspiradas en el amor propio. Menos aún con la anarquía ideológica y las agitaciones sociales o « eclesiales ».

La mayor parte de esta sección consagrada a la proyección del sanjuanismo actual gira en torno al tema ecuménico, con trabajos bien afinados de G. Lefevre, OSB y del pastor Ardré Dumas. Culminan — programáticamente — en lo que ha de ser el punto de referencia clave del auténtico ecumenismo: la relación personal a Cristo, sobre cuyo tema escribe páginas sugestivas Anne Steinmann, OCD. Si dejamos a un lado lo anecdótico y lo que sabe a programa de sensibilización ecuménica, acaso haya que recortar un tanto el optimismo (digamos mejor, el concordismo) de algunas de estas páginas.

No podía faltar en la panorámica de un examen moderno de la religiosidad la visual que nos enfrenta al mundo no cristiano. Por eso la última parte reúne algunos de los trabajos en que se estudia el diálogo sanjuanista más allá de « nuestras fronteras ». Se publican dos trabajos de sanjuanistas acreditados por sus publicaciones anteriores. Max Milner enfrenta la inspiración sanjuanista con la de Mallarmé, mientras G. Morel confronta el nihilismo de Nietzsche con el Doctor de las nadas. Ignoramos los motivos que han inducido a dejar fuera de este apartado algunos otros trabajos leídos en el Congreso y en los que se rastrea ese campo tan frecuentado hoy de la mística cristiana (sanjuanista en este caso) con la oriental. Se debe, sin duda, a razones de índole práctica. Ello no resta valor a este ex-

celente muestrario de pistas para quien se proponga penetrar el secreto de la indudable actualidad sanjuanista.

4. - El tema de la esperanza en san Juan de la Cruz es de los que han intrigado. Dos han sido los motivos: el relieve que le concede el Santo y una postura, al parecer, original y discordante de la tradición teológica. Ningún aliciente mejor para que la investigación se haya ocupado con reiteración y haya tentado explicaciones diversas. Por lo general, la atención se ha concentrado en lo que aparece más como problema que como tema, es decir, la relación establecida entre la memoria y la esperanza. La primera inquietud ante otro estudio sobre el argumento predispone, como en tantos otros casos. ¿Cabe algo nuevo y original en un campo tan frecuentado? Repetir los argumentos en pro de cualquiera de las tesis hasta ahora defendidas resultaría tarea anodina; pretexto para una disertación más. Si se quiere exhaustividad, como garantía de solución a los interrogantes aún no cerrados, se impone por necesidad un replanteamiento de la cuestión. Replanteamiento que equivale, en última instancia, a un enfoque del problema dentro de toda la síntesis doctrinal del Santo; en caso contrario, se corre el riesgo de la visión parcial, por fragmentaria o unilateral. Por otra parte, el conjunto no debe ahogar o difuminar el problema concreto de la esperanza y de la memoria en cuanto centro de atención. Iríamos al polo opuesto: a la repetición de consideraciones generales sobre el sanjuanismo, sin ahondar en la problemática concreta.

Estas afirmaciones no están lanzadas como programa hermenéutico al margen del libro de Bord. Las consideramos como criterios básicos para analizarlo y enjuiciarlo. Partiendo de ellas, sentimos el placer y el deber de proclamar la originalidad y la novedad de un trabajo cuyo título podría prejuzgar ambas cosas, por lo menos, ante los especialistas que han leído muchas páginas consagradas a idéntico tema. El libro de Bord tiene unos límites bien definidos. La equilibrada proporción entre lo genérico y lo específico le hace interesante, bajo diversos aspectos, al lector corriente y al investigador especializado. Al primero, porque le presenta en perspectiva auténticamente actual los temas centrales del pensamiento sanjuanista, entre los cuales se injerta el tema de la esperanza. Al segundo, porque le descubre los puntos de convergencia absolutamente necesarios para captar la trama oculta del binomio o díptico (según se prefiera) memoria-esperanza. Una vez más, se comprueba que la solución de problemas delicados es imposible por el camino del análisis aislado de textos. Estos, desvinculados del sistema, pueden decir muchas cosas; hasta contrarias. El proceso seguido por Bord nos parece exce-

lente; en los criterios de base, el único que tiene garantías de abordar a buen puerto. Otra cosa es que se acepten todas y cada una de las conclusiones parciales; incluso que se consideren necesarias todas las etapas recorridas hasta llegar al encuadre del tema central. La elasticidad está condicionada por motivaciones no necesariamente intrínsecas al programa científico.

A. Bord lo realiza concretamente así. Un bosquejo biográfico (p. 12-26) y una sumaria síntesis de la doctrina, en la perspectiva del alma en camino hacia Dios (p. 27-34), le sirven de pórtico o introducción para centrar el tema específico dentro de los problemas que condicionan necesariamente su estudio directo y completo. Junto al orden crónológico, en que proyecta pedagógicamente el Santo su doctrina, hay que colocar una especie de arquitectura lógica, en la que se sobreponen y entrecruzan diversos esquemas, presentados aparentemente en forma horizontal, pero que en su trabazón íntima llevan una estructura vertical (cf. p. 34-36). Entre las diversas estructuras que convergen hacia el centro de la memoria-esperanza Bord establece esta graduatoria: mundo, pobreza, memoria, esperanza y gloria. Realidades que definen zonas y aspectos de la relación del hombre a Dios y de Dios al hombre. En la síntesis sanjuanista la memoria se interfiere en esa estructura en cuanto relacionada fundamentalmente con la esperanza. Bord fundamenta así la armazón de su obra. Dios es el fin del quehacer humano. El alma se encuentra anclada entre el mundo y Dios. El primero se presenta como enemigo del alma porque la memoria nos le hace presente. La pobreza que nos despoja y libera del mundo debe llegar hasta una pobreza espiritual que nos desapegue no sólo de los bienes exteriores, sino también de las posesiones de la memoria. Precisamente es la esperanza teológica la que produce este vacío, por cuanto orienta hacia Dios, que en sí mismo no puede poseerse perfectamente aquí en la tierra. Es cierto que la esperanza no puede poseer, por ser de por sí impulso. Su recompensa será la posesión misma de Dios en el más allá. Cesará la esperanza y comenzará la gloria infinita, en cuya comparación la gloria de aquí abajo es pálida aproximación. Esta es la perspectiva a través de la cual Bord contempla el complejo problema de la memoria-esperanza (cf. p. 36). De los presupuestos así enunciados arrancan las líneas fundamentales de su estudio.

« El mundo y la pobreza » (lib. I) representan la antinomia más amplia y radical en que se proyecta la acción de la memoria y la función correlativa de la esperanza. Con fineza de análisis y notable capacidad de síntesis el autor describe las dos acepciones sanjuanistas (radicalmente bíblicas) del mundo: el cosmos o complejo de la creación y el imperio del mal, en cuanto síntesis de las fuerzas en opo-

sición a la voluntad de Dios. En ambos sentidos el mundo es la fuente en que se alimenta la memoria, que puede hacer presentes al alma los elementos exteriores. Sumarias, pero suficientes, son las páginas consagradas a dibujar el maravilloso mundo de la creación, tal como lo ha pintado san Juan de la Cruz (p. 40-44). Mayor amplitud adquiere la otra vertiente: el mundo, reino del mal (pp. 44-58). Se comprende el motivo. En esa visión radican, en buena parte, las exigencias ascéticas del sistema sanjuanista. Llevadas a su raíz última nos colocan ante la doctrina del vacío o de la «purificación». En relación a la memoria, y traducida a lenguaje actual, Bord reduce la doctrina de la purificación a la «pobreza espiritual», en perfecta concordancia con la tesis fundamental del Santo: querer carecer por Dios de las cosas que no son Dios. La pobreza que vacía el receptáculo de la memoria no es fin a sí misma. En la mente del Santo es simple medio terapéutico, como lo es el camino de la nada para llegar al todo (cf. p. 60).

Pero la importancia de la pobreza en esta perspectiva radica en que sirve de lazo misterioso para establecer las relaciones entre la memoria y la esperanza, como demuestra a lo largo de su trabajo Bord (cf. de manera particular p. 225-248). Es uno de los temas más sugestivos. Esbozado por otros autores (Lain Entralgo, Sanson, etc.) adquiere aquí una visión extraordinariamente certera. Pero antes de llegar a ese punto clave A. Bord ha tenido que abordar con detención los viejos problemas relativos a la naturaleza de la memoria. Examina las posturas y soluciones propuestas sin entablar polémica. Sus conclusiones son fruto del propio análisis, no de concepciones apriorísticas ni de preferencias de escuela.

Su postura, en los temas tradicionalmente discutidos, es clara y serena. Para él no hay duda de que san Juan de la Cruz se aparta del tomismo aceptando la división tripartita del alma, en consonancia con la tradición agustiniana (p. 74). Para el Santo la memoria es potencia del alma, no simple sentido interior equiparable a la fantasía o a la «imaginativa». Respecto a estos sentidos corporales internos, san Juan de la Cruz no es ni tomista ni baconiano. «Se inspira en Avicena», conocido quizás a través de J. Baconthorp (p. 81-82). Cabe incluso considerarle personal u original por el hecho de que reduce a un único sentido corporal interior la imaginativa y la fantasía. Tienen diversas funciones pero se agrupan en el sentido común (cf. p. 83 ss.). Acaso no sean del todo concluyentes las pruebas de Bord; pero la serenidad y objetividad de su análisis quedan a salvo. En el punto central relativo a la naturaleza y funciones propias de la memoria recuerda justamente que su interés se extiende a todo el ser humano (según la *Subida* 3, 15, 1 y *Noche* 2, 21, 11),

por lo mismo, cabe establecer niveles de actuación. Lo que no puede hacerse es reducir la memoria (a la manera tomista) a la simple conservación de recuerdos, ya que el Santo la considera en acto y no a la espera de « actuarse » por el recuerdo del pasado. De ahí surge precisamente la razón de ser de su purificación o buen funcionamiento, cuando se la pone en contacto con Dios y su posesión, tema magníficamente desarrollado en capítulo propio (p. 99-118). No menos interesantes son los dos siguientes, dedicados a la necesidad de la noche para « purificar la memoria (p. 119-153) y a sus efectos o consecuencias en el plano del acercamiento a Dios y unión con El. (p. 154-196).

En la última parte del libro se cierra el círculo de las realidades implicadas en el problema de la memoria. Se trata de dar respuesta al insidioso interrogante que tanto ha torturado a los exegetas de san Juan de la Cruz, al establecer una relación tan íntima entre la memoria y la esperanza. Por exigencias de rigor científico y lealtad investigadora pasa en recuento las soluciones más acreditadas modernamente (los partidarios de la teoría tomista, Laín Entralgo, Sansón). A efectos de la síntesis personal, apenas tienen peso las opiniones ajenas. La proyección de la esperanza hacia la gloria, con la mira exclusiva de Dios, queda tan bien definida y condicionada para una sentencia o solución personal en las páginas que preceden, que el lector llega a este punto como a una especie de conclusión natural. Singularmente penetrante y lúcida me parece la distinción inicial de la esperanza como « espoir — vertiente pasional, que debe ser mortificada — y « espérance » — virtud teologal y sobrenatural, que defiende contra el mundo y purifica la actividad de la memoria (pp. 199-224). De haber calado en los detalles sacados a luz por Bord, quizás se hubieran evitado polémicas inútiles e interpretaciones forzadas.

Superado el mundo por la práctica de la pobreza y metamorfoseada la memoria por la esperanza, la memoria alcanza a Dios, es decir, la gloria. Así se completa la arquitectura del pensamiento sanjuanista anclado en la pobreza espiritual, como fundamento, y coronado con vislumbres de gloria. La pobreza, con su liberación, pone en juego la esperanza: nada se espera si ya se posee; lo que se espera es que todavía no se tiene. La función de « reclamo », propia de la memoria, tiende a la posesión y utilización efímera de los recuerdos; en cambio, el impulso de la esperanza teologal conduce a la posesión permanente y definitiva de Dios, a la gloria como valor intrínseco e inmutable. Gracias a esta transformación de planos y realidades espirituales, los seres no se destruyen; pierden para el

alma su carácter de ídolos. Liberada del mundo por la pobreza y movida por la esperanza teologal, la memoria se vuelve dueña de sus recuerdos y mira hacia Dios, « esperando » la hora de plenitud

Tal es, a grandes rasgos, la síntesis dibujada magistralmente por A. Bord. El análisis pormenorizado de todas y cada una de sus afirmaciones parciales nos llevaría demasiado lejos. La mayoría nos parece sólida y acertada. Tal o cual, no termina por convencernos. Hasta disenteríamos en determinadas apreciaciones, como en la inspiración aviceniana respecto a la imaginativa-fantasía, etc. Compartimos sin reservas su postura (idéntica a la del P. Alberto) en el problema de la ascendencia agustiniana, no tomista, de la memoria como potencia independiente del entendimiento, aunque quizás la matización de un sentido no exclusivamente filosófico no esté de más (cf. apéndice I, p. 291-305). Nos ha sorprendido el silencio (acaso deficiente información bibliográfica) sobre el trabajo del P. Efrén (*Rev. de Espiritualidad* 1, 1942, 255-281) por ser de los más específicos y coincidir en no pocos puntos de vista. Al margen de minucias semejantes, queda en pie nuestro incondicional elogio a un trabajo conducido con claridad y rigor de exposición. Pese a la reducida apariencia de su mole externa, consideramos este libro como una de las aportaciones recientes más importantes en el campo doctrinal del sanjuanismo. Un caso en que la modestia de las pretensiones está compensada con el éxito más cumplido.

5. - También el libro del Dr. Morales puede insinuar en su título el retorno a viejas polémicas sobre a las fuentes literarias del *Cántico espiritual*. Cumple advertir desde el principio, que de agrias discusiones no hay rastro en él. Nada tan irónico y equilibrado al pasar en reseña la infinita serie de antecedentes hasta ahora propuestos o insinuados para explicar el origen del célebre poema sanjuanista.

Iniciamos esta sumaria presentación destacando de intento la riqueza informativa del ilustre profesor americano. Afronta en su obra un tema apasionante, al que ha dedicado los mejores afanes investigadores una pléyade de eruditos y estudiosos de literatura. La producción científica en torno al tentador problema de las fuentes literarias anda dispersa en libros y revistas de la más variada índole. Ardua tarea la de reunirla y confrontarla. El Dr. Morales lo ha logrado gracias a una tenacidad digna de todo encomio. Si su libro no tuviera otros méritos, ya sería uno digno de estima éste. Puede afirmarse que ha logrado reunir y examinar todo cuanto de interés se ha publicado sobre el tema, desde que Menéndez Pelayo llamó la

atención de la crítica con las conocidas frases de su discurso académico.

Como es sabido, desde entonces se han ido definiendo casi inconscientemente dos posturas fundamentales en torno a la cuestión de las influencias literarias en la poesía sanjuanista. Dejando a un lado matices inevitables en toda categorización, pueden agruparse los investigadores en maximalistas y minimistas. Los primeros (Baruzi, Dámaso Alonso, Lida, Marasso, etc.) estiran la dependencia sanjuanista respecto a la poesía culta y popular hasta los límites máximos. Proporcionalmente reducen la del *Cantar de los Cantares*. Inversa es la posición de quienes destacan como fuente predominante y casi exclusiva el libro sagrado y reducen a lo estrictamente demostrable la inspiración profana (Emeterio, Orozco Díaz, etc.).

La preocupación fundamental de Morales no es la de dirimir de una vez para siempre tal disyuntiva. Al fin de su trabajo queda patente su preferencia, pero no prejuzga, como un *apriori*, el demorado análisis realizado a lo largo de sus densas páginas. Hay que agradecerle el empeño puesto en medir el alcance de las pruebas aportadas y, en consecuencia, la necesidad de distinguir cada vez con más precisión cuándo nos hallamos ante una verdadera dependencia y cuándo sólo ante una coincidencia o una fuente únicamente probable. La objetividad y la lealtad con que el Dr. Morales examina pros y contras merecen nuestro más sincero pláceme.

Su investigación se limita intencionadamente al *Cántico espiritual*, la obra más « problematizada » en éste como en tantos otros aspectos. Abre la disertación con unas documentadas páginas sobre el problema de las fuentes literarias de san Juan de la Cruz. Apenas queda sin mencionar un sólo estudio consagrado a este asunto. El cuerpo del libro se desglosa en dos partes principales. En la primera estudia, por este orden, tres temas preliminares: las fuentes generales de la inspiración sanjuanista; la historia o composición del *Cántico* y, por fin, su estructura y relación con el *Cantar de los Cantares*. La segunda parte es un análisis minucioso, estrofa por estrofa, de las fuentes reales o propuestas de inspiración, concediendo particular interés al texto bíblico. Desde las primeras páginas se profesa convencido de la prevalencia bíblica sobre cualquier otra fuente literaria o doctrinal (p. 35-40). Por ello, propende a disminuir el influjo de la lírica (Garcilaso y Fray Luis de León) anterior o contemporánea, pese a conocer y ponderar debidamente los estudios realizados en esa línea. Particular importancia consagra a la posible dependencia proveniente de san Bernardo, incomprensiblemente tan poco estudiada hasta el presente. Entre dos autores tan caracterizados por el vocabulario de la mística nupcial parece inevitable cierta

parentela. Morales reconoce que, a efectos de una dependencia, es más decisiva la ambientación general que una cita aislada, por muy precisa y explícita que sea. San Juan de la Cruz no menciona para nada a san Bernardo, lo que no prejuzga una posible inspiración en él. Según Morales, san Bernardo « no ha influido en la estructura ni doctrinal ni alegórica ni literaria del *Cántico espiritual* » (p. 53). Prueba su aserto comparando, a modo de ejemplo, los temas centrales del Cantar bíblico y del libro sanjuanista: el beso, la embriaguez de amor, la ínterior bodega, el sueño de la Amada y el mosto de granadas (p. 54-58). Si en estos temas no es perceptible la presencia bernardiana, no se excluye totalmente en otros, acaso menos llamativos desde un punto de vista alegórico. Una exclusión tajante me parece excesiva. Algún tanto forzada pudiera aparecer también la aproximación de la estructura general del *Cántico* puesta en relación con el *Cantar de los Cantares*. Quizás sea efecto de un concordismo demasiado literal (cf. p. 109-113). Parece como si el esquema del *Cántico* se impusiese al texto que se presenta como arranque y fondo de resonancia experimental. Esto no quiere decir que nos parezca desacertada la nueva línea marcada para dibujar la ordenación básica del poema sanjuanista. Somos responsables, en parte, ya que el autor hace suya nuestra clave exegética, matizándola con sugerencias interesantes, sobre todo, en relación a las fuentes de inspiración bíblica (p. 117).

La actitud adoptada por el Dr. Morales en su análisis nos parece correcta, aunque quepa completarse con otros ángulos visuales. El mismo reconoce sus limitaciones, (p. 239). Escribe con leal nobleza: « Si decidimos seguir a san Juan de la Cruz, estrofa por estrofa y verso por verso, no por eso se nos escapó el peligro que trae semejante pesquisa y búsqueda de fuentes » (p. 239). Añadiría, por mi parte, que ese sistema resulta, en última instancia, más seguro y objetivo que cualquier otro, pese a sus limitaciones y exigencias de complementariedad. De ahí que considere tímidas o fruto de modestia científica las conclusiones del autor. No es éste el lugar de seguirle en el análisis parcial de cada estrofa. Cabe destacar que lo ha llevado a cabo con abundante acopio de erudición, con imparcialidad y con cuidado de discernir lo cierto de lo probable y posible. Cribar pacientemente la enorme producción sobre el tema, manteniéndose siempre fiel a estos criterios, supone una aportación muy estimable a los estudios sanjuanistas. Tratar de asimilar las preocupaciones espirituales y pedagógicas de san Juan de la Cruz para explicar los problemas que plantean sus escritos tiene poco de espectacular y brillante, en apariencia, pero lo juzgo más eficaz y realista que proyectar sobre los textos refinadas teorías filosóficas o encum-

bradas disertaciones sobre el proceso evolutivo de la creación simbólica. No hay posible aproximación a los escritos sin acercamiento a la persona y a sus preocupaciones. Desvinculada la obra del autor, queda sujeta a toda clase de manipulaciones. En el campo concreto de las fuentes y de los antecedentes, a San Juan de la Cruz se le convierte en un rebuscador afanoso de erudición. Y él fue un poeta espontáneo y un maestro de espíritus ávidos de verdad, no de citas eruditas. Tenemos que agradecer al Dr. Morales el haber situado al Doctor Místico en su ambiente histórico y vital. Quizás importe más esto que las innumerables aclaraciones esparcidas a lo largo de su libro. Los investigadores futuros le agradecerán también la extensa y minuciosa nota bibliográfica con que cierra su obra. Tanto más útil cuanto más específica.

6. - De bastantes años a esta parte han remitido las discusiones en torno a la llamada segunda redacción del *Cántico*. El interés de la crítica se ha desplazado al polo opuesto: hacia el origen mismo del proceso redaccional cuyo último eslabón sería el texto alargado. El libro de R. Duvivier se presenta como resultado de un largo camino, intencionalmente orientado al esclarecimiento de los temas aún no resueltos del *Cántico B*, pero que programáticamente ha querido verificar los datos más lejanos de esa meta: los orígenes mismos de la obra sanjuanista. Nadie puede negar que su planteamiento responde a una buena metodología. Sin embargo, cabe preguntarse si no resultará demasiado prolijo y alargado un itinerario que quiere rehacer paso a paso lo ya andado por otros. Ha sentido la objeción el mismo autor, y ha querido dar respuesta en la presentación de su voluminoso escrito. En sustancia, viene a decir que se ha impuesto el ingrato empeño de verificar personalmente todo lo que dice relación a la obra sanjuanista. Creo que nadie se opondrá a tan legítimo derecho, máxime si se reconoce otra de sus pruebas justificativas: que nadie tiene el monopolio exclusivo de los temas. Por cuanto en las frases aludidas, se hace referencia a modestos trabajos del que suscribe (p. XV), quede bien en claro que compartimos el criterio liberal de Duvivier y respetamos plenamente todo derecho a la investigación personal. No son los estudiosos o investigadores quienes deben acotar campos y excluir intervenciones. El progreso de la investigación y sus destinatarios naturales juzgarán si determinados esfuerzos están o no justificados y si todas las publicaciones contribuyen al esclarecimiento de los temas propuestos o, más bien, sirven para desorientar y confundir. En esto no caben justificaciones de índole personal; se imponen criterios objetivos, que por eso mismo afectan, más que al hecho de reincidir sobre un argumento, al

modo de tratarlo y desarrollarlo.

Si el lector atento llega hasta los apéndices que cierran el documentado trabajo de Duvivier reconocerá que el autor ha sido generosamente modesto al titular el libro como estudio sobre el origen o génesis del *Cántico espiritual*. Tal es, sin duda, el contenido central de la obra, pero, en realidad, aborda (y no de simple pasada) todos los temas relacionados con la más celebre obra sanjuanista. En este sentido, resulta una verdadera enciclopedia. Su riqueza informativa está acrecentada además por la abundantísima información bibliográfica. Dos aspectos y valores que nos complace destacar en primera línea. Tanto el recurso personal a las fuentes como el repaso de la bibliografía anterior pueden calificarse de completos. De este segundo aspecto adelanta una visión panorámica en las páginas que sirven de introducción (XXXIII-LXXIX). Se completa luego a lo largo del estudio, una vez apuntados (en esas mismas páginas introductorias) los problemas que giran en torno al *Cántico*. Quedan fuera del cuerpo de la obra una serie de anejos o apéndices de diversa índole y utilidad que romperían la trama de no desglosarlos, como ha hecho, con buen acuerdo, el autor (p. 457-534). Algunas de esas piezas son imprescindibles, dadas las referencias a ellas del texto; otras, de discutible atinencia al tema fundamental. En todo caso, en nada alteran la estructura orgánica de la investigación en cuanto tal.

Por moverse en un terrero asiduamente frecuentado, no era presumible la localización de elementos que impusiesen un esquema nuevo o revolucionario. Las grandes líneas del desarrollo siguen un orden lógico, casi obligado y tradicional; responden a las tres partes del libro, escalonadas así: el núcleo lírico o poema primitivo; la prolongación o acrecimiento del poema y la declaración o comentario del mismo para Ana de Jesús. Dentro de cada apartado los temas menores se reagrupan de manera más original. No es la única posible, pero sí resulta lógica y sustancialmente aceptable.

Evidentemente, los méritos y las aportaciones no se miden ni por la temática afrontada ni por la secuencia impuesta a la misma. Hay que valorarlos por el rigor científico con que se tratan y por los logros o conquistas que se alcanzan. No es el mérito menor, en un campo tan minado por apriorismos y opiniones dispares, la serenidad mantenida indefectiblemente por Duvivier. Ha hecho bandera de su empresa la objetividad y la lealtad. Puede estar orgulloso de haberla mantenido siempre enhiesta. Rendimos también tributo de reconocimiento al rigor y meticulosidad con que ha conducido sus análisis y sus investigaciones. Conformes o disconformes con sus conclusiones, no por ello puede regateársele este reconocimiento. Su trabajo nos parece ejemplar en la seriedad, en la ecuanimidad, en el

equilibrio y en la precisión de la metodología externa.

Aunque no podemos dilatarlos en la crítica de los mil problemas afrontados en esas páginas densas de contenido, no podemos silenciar las aportaciones más originales y las soluciones menos definitivas. En la historia del *Cántico*, desde que aflora tímidamente en la prisión toledana hasta que llega a manos de Ana de Jesús en Granada, se distinguen varios momentos claves. La documentación histórica que sirve de base a su estudio ha sido muy explotada. Si la memoria no nos es infiel, debemos reconocer que Duvivier no ha descubierto documento alguno que obligue por sí mismo a modificar posturas. Como la mayoría de los investigadores, se ha ceñido, por necesidad, a la documentación conocida. Concordancias o discordancias se deben a diversa interpretación de las mismas fuentes. No hay duda de que Duvivier las ha examinado con atención y la máxima objetividad posible. Siguiendo el orden de exposición, apuntamos las conclusiones más importantes extraídas de su análisis documental.

El núcleo lírico del poema primitivo tiene su arranque durante los meses de prisión del Santo en Toledo. Existe una concordancia fundamental de testimonios en tal sentido (p. 4-23). Aceptando sustancialmente el testimonio calificado de Magdalena del Espíritu Santo, ese núcleo primitivo correspondería a las 31 primeras canciones del poema, según el orden habitualmente mantenido una vez que llegó a contar 39. En contra de lo que afirma esa religiosa, Duvivier sostiene que de la cárcel procede la « composición » mental, no la escritura material. Esta la realizó el Santo en Toledo o en Beas, probablemente en Toledo. De ahí, que deba hablarse del « poema de Toledo », no del « poema de la cárcel » (p. 21-22). En lugar de proseguir el historial del poema, Duvivier afronta inmediatamente el problema de la difusión de ese primer núcleo primitivo, que, sin duda, se copió antes de unirle las demás estrofas. En un alarde de buceador infatigable, el ilustre profesor de Lieja rastrea todas las huellas posibles para localizar los « vestigios » de ese texto arcaico. Si los resultados no son más halagüeños no debe imputarse a falta de esfuerzo y empeño. Dos capítulos, repletos de concienzudos análisis y confrontaciones (p. 24-101), dan como resultado, para Duvivier, que han llegado hasta nosotros un par de copias procedentes del poema primitivo de Toledo. Serían el ms. 868 de la Nacional de Madrid y el 125 de las Descalzas de Valladolid. Acaso también los traslados de Ana de san Bartolomé. Dentro de la grande problemática del *Cántico*, ni esta afirmación, ni la relativa a la escritura fuera de la prisión, representan posiciones de transcendencia. La tienen, sin embargo, en el libro de Duvivier. Por eso sentimos no poder compartirlas.

Se abre la segunda parte con un breve capítulo en que trata de individuar los momentos y lugares en que san Juan de la Cruz prolongó el poema primitivo de Toledo (p. 105-134). Admite la opinión generalizada acerca de dos grupos originalmente distintos (el 32-34 y el 35-39), dejando en suspenso el problema de la prioridad entre ellos. Se inclina por Baeza, como lugar de composición de ambos, contra la sentencia favorable a Granada para el último. Dado que la documentación relativa al primero es insignificante, intenta esclarecer su origen e integración por el camino de la crítica interna, literaria sobre todo. Es propensión muy frecuente y marcada en todo el libro. Sin duda, su punto más vulnerable. Llega en este caso a proponer como orden probable del grupo estrófico 32-34 el que ofrece el ms. 868, esa copia que se vuelve panacea para explicar todas las lagunas y dificultades que le salen al paso (p. 116). Es ir demasiado lejos el ver en ella un apoyo documental para tantas cosas. Por el camino de la interpretación literaria me parece que cada uno (por muchas protestas que se hagan contra los apriorismos) puede llegar donde le plazca. No creo que en este caso concreto haya derecho a llegar más que a simple hipótesis. De ahí no han pasado nuestras insinuaciones, procedentes de la documentación histórica. Por ello, se las concede quizás demasiada importancia (p. 121, *passim*).

Concluida la historia del poema, se interrumpe la secuencia narrativa para estudiar las modalidades del proceso creativo y la evolución del simbolismo en sendos capítulos. Pese al carácter teórico de estas páginas, es inevitable la referencia constante al dato histórico, so pena de caer en teorizaciones más o menos subjetivas cuando se quieren aplicar ciertos principios al caso concreto del *Cántico*. Lo que resalta, sin embargo, es la criteriología filosófica y literaria, como corresponde al enunciado de los temas. Estamos ante una problemática sumamente sugestiva, desarrollada con penetración y competencia. Son aceptables infinidad de sugerencias y las mismas tesis de base, pero queda amplio margen para el desacuerdo. Sería fuera de lugar insistir aquí en particulares demasiado concretos. Muy bien conducido el análisis sobre la clave genética del poema, no por eso he de ocultar que me parece excesiva la importancia (con la consiguiente unilateralidad) que se concede al llamado insistentemente « simbolismo dinámico ». Más que en su aplicación precisa al proceso creativo del poeta me refiero a la incidencia que se le concede al tratar el tema de las relaciones poema-comentario. El autor se mantiene demasiado rígido en la postura que es tradicional en la que me atrevería a llamar (lógicamente, sin la menor sombra peyorativa) línea « laica »: Baruzi, Dámaso Alonso, etc. La documentación general relativa al Santo deja pocos resquicios a la duda. Cuando San

Juan de la Cruz compone sus versos se siente naturalmente más vinculado al clima religioso que le rodea que a cualquier otro condicionamiento erudito y artístico, por más que no desprecie ni desdén estos valores. Cuando redacta sus explicaciones en prosa se coloca en un plano pedagógico y pastoral que busca ante todo la eficacia del magisterio o del aprovechamiento espiritual. Tratar de situarlo en otro plano equivale a introducir en su exégesis preocupaciones secundarias, muchas veces teorías modernas, completamente extrañas a su ambiente y a sus móviles. A fin de cuentas, caer en los apriorismos que se quieren evitar.

Pero estas consideraciones valen más para los capítulos de la tercera parte que para los dos que comentamos. En esa tercera parte expone Duvivier la historia del comentario o declaración de las *Cantiones*. Hay noticias de que antes de iniciar una paráfrasis ordenada y completa, el Santo realizó ensayos sueltos. En un brevísimo capítulo (el primero, p. 227-238) recoge el autor las pocas noticias históricas sobre el asunto. Aunque no aporta nada nuevo, matiza acertadamente interpretaciones anteriores. Establece una premisa para su raciocinio ulterior: existieron comentarios aislados o grupos de declaraciones anteriores a la paráfrasis orgánica. Pienso que desde estas páginas se comienza a dar excesivo relieve a las « declaraciones sueltas », en sentido de partes con aires de pequeños tratados. Debió ser algo más modesto lo que quiso recordar Magdalena del Espíritu Santo. Rompiendo un poco la trabazón lógica, interpone Duvivier un segundo capítulo para historiar el sorprendente retraso de la primera edición sanjuanista, y del *Cántico* en particular. Antes de pensar en la edición parece que el lector necesitaría saber cómo terminó de redactarse la obra, cosa que se deja para el capítulo final. La alteración del orden, en apariencia, no tendría mayor importancia, si no condicionara tan profundamente la exposición de Duvivier. Entre la historia editorial y la historia de la composición (en dos momentos relativamente distanciados del comentario) introduce sendos capítulos dedicados respectivamente a los métodos y principios de explicación (del poema) y a la estratificación del comentario (p. 239-365). Es aquí donde mayor aplicación tienen las consideraciones sumarias que acabamos de hacer sobre el estudio del « comentario ». Pienso que en un trabajo consagrado al proceso genético del *Cántico* el orden natural exigiría la inversión de estos capítulos. Primero es establecer con garantía histórica los hechos ciertos; luego, viene el examen de los criterios seguidos en la obra. Esto hubiera hecho desaparecer la impresión (ojalá que no sea más) de un procedimiento apriorístico, sobre todo, en el último capítulo, al tratar de demostrar los dos momentos de la redacción y de definirlos en concreto. Vuelven

entonces a la palestra los documentos históricos que habían servido de premisa en el capítulo inicial, pero que se les dio de lado como algo sin importancia. Pero vuelven como simple confirmación de una demostración hecha por otros caminos. Cuesta poco probar históricamente lo que se da como demostrado por acumulación de teorías y de hipótesis interpretativas. Algo así como quien afirma: el proceso redaccional tenía que seguir ese curso; de hecho lo ha seguido.

No quisiéramos que el lector interpretase nuestra apreciación como un rechace global de toda esta parte del libro. No desmerece de las restantes por la calidad de la información y la seriedad de los análisis. Como el autor comparte muchas de nuestras opiniones, compartimos sin reservas las suyas. No hay lugar aquí para descender a detalles. Nuestras reservas se refieren, en general, al proceso seguido; proceso que termina por manifestarse semejante al conducido en el capítulo segundo de la primera parte. Por los mismos motivos, nos da la sensación de acumular datos e hipótesis obedeciendo a principios que se dan por probados sin estarlo realmente. Para que el argumento clave esgrimido en el capítulo final probase que en un primer momento el Santo comentó el grupo estrófico 15-31, debería probarse antes, sin duda posible, la lectura de las últimas *Moradas* teresianas que le sirven de arranque. Queda en simple posibilidad, por lo tanto, la peor parte es para la conclusión. Idéntico razonamiento vale para los otros indicios. De una posibilidad o probabilidad, por mucho que se multiplique, no puede salir una certeza. Pese a tan laudables esfuerzos, nos quedamos en hipótesis y conjeturas.

Nuestro juicio global no puede ser otro que el del reconocimiento incondicionado a un imponente esfuerzo por aclarar hasta los más mínimos detalles relativos a la historia del *Cántico* y a su elaboración genética. No queda tema sin afrontar ni opinión sin enjuiciar. Es cierto que las conclusiones nuevas y originales son relativamente pocas y afectan a extremos casi siempre secundarios. Pero el mérito está en el conjunto. Aceptado y aplaudido éste en lo que se merece, no podemos ocultar lealmente ciertas perplejidades si nos colocamos en el plano del lector medio y del que se inicia en la investigación sanjuanista. Nos queda la impresión de que no se deslindan con suficiente claridad los dos puntos obligados de referencia: lo que se debe considerar como cierto y lo que reclama ulterior esclarecimiento; lo que el autor acepta como logros anteriores y lo que aporta, como propio y nuevo. Sólo los especialistas muy calificados podrán deslindar con relativa facilidad ambos campos. Acaso haya que atribuir este inconveniente al método adoptado y al empeño, legítimo en sí, de volver a reexaminar una a una todas las

cuestiones implicadas en la problemática del *Cántico*, independientemente del punto de certeza logrado por la investigación anterior. Si la ordenación general resulta lógica y clara, no nos produce idéntica impresión el desarrollo concreto de los temas. Una prueba de lo intrincado que resulta el procedimiento la tenemos en las incontables referencias a ulteriores desarrollos del mismo tema. Mientras se mantienen en una medida discreta ayudan al lector, pero, cuando se multiplican con tal reiteración, acaban por confundirle y hacer pensar que no se ha reorganizado previamente con rigor el lugar que a cada cuestión le corresponde. Si no nos equivocamos, contribuye también a crear esa sensación de proceso fluctuante el afán de volver sobre todos los temas, incluso en aquellos en que nada nuevo se puede aportar, por lo menos no pruebas que resuelvan definitivamente un punto debatido. La introducción es el ejemplo más palpable de cuanto afirmamos. No se limita a una presentación de la temática; avanza hipótesis y soluciones a problemas delicados o que luego tienen amplio desarrollo. Sirva de ejemplo un caso. No entiendo qué sentido puede tener otra nueva hipótesis para explicar cuál es el limpio y cuál el borrador anunciado en la famosa nota del ms. de Sanlúcar. (p. LXXV-LXXVII). Desde luego, prueba sería no se aduce ninguna. O no entiendo castellano, o el texto citado de Calderón confirma el significado de borrador según lo entienden quienes consideran el limpio al *CB*. Se parte de uno de tantos «semble», para avanzar luego por afirmaciones no hipotéticas. Fenómeno harto frecuente a lo largo de todo el libro. El caso más llamativo me parece el que atañe a los mss. que se presentan como vestigios del núcleo primitivo. Como el dato material de contar con traslados que terminan en la canción 31 no es de por sí prueba suficiente para concederles la categoría de copias provenientes directa o indirectamente del cántico arcaico, se teje una larga y sutilísima tela de hipótesis de crítica interna, y por su tamiz se hacen pasar luego abundantes datos de índole documental o histórica que se hacen converger, como suma de probabilidades, hacia la conclusión deseada y prejuzgada. Aplicando, con idéntico método, la criteriología de esas trabajosas páginas (24-101) no veo motivos serios para que Duvivier, como cualquier otro, dude de la autoría de las anotaciones de Sanlúcar y de la autenticidad del *Cántico B*. La presencia material está ahí, tan segura y más que las 31 primitivas estrofas en el ms. 868 (que en realidad sólo copia 27 del núcleo llamado primitivo). A la inversa procede cuando la nota del ms. de Monserrat avisa sobre la destinataria de la *Llama*. En ese caso no hace falta más para dictaminar que se trata del manuscrito destinado a su uso (prueba además de la aquiescencia del Santo a la revisión operada en el *Cán-*

tico A). No se acierta entonces a ver qué razones hay para considerar como híbrido *Vm* de Valladolid. Quizás porque compromete toda la teoría levantada a base de las posibles ordenaciones primitivas del poema. Pero si se aceptasen las justificaciones propuestas por Duvivier para salvar las omisiones del 868 y sus inversiones, junto con el 125 de Valladolid, creo honestamente que habría lugar para defender tantas formas originales como mss., incluida la absurda del ms. de Coimbra. Quitar importancia a unas diferencias y concedérsela a ciertas coincidencias, es la cosa más fácil y cómoda. Pero lleva irremisiblemente a tener que invocar una mala partida del diablo o a desconcertantes juegos del azar, como insinúa el propio autor al fin de su heroico esfuerzo demostrativo (p. 97). Me permitirá que siga creyendo en la solución más clara y sencilla: los mss. presentados como vestigios del texto más arcaico son textos compendiados y en fase de degradación. El examen interno se ajusta así mucho mejor a los datos de la crítica externa. Volveremos con detención sobre el tema. Si le hemos prestado especial atención ha sido por doble motivo: primero, porque ejemplifica excelentemente el tesón y la meticulosidad de Duvivier, y porque es un punto que repercute con mucha frecuencia en toda su obra. La generosa acogida que en ella nos dispensa y los leales sentimientos de colaboración que siempre nos ha manifestado han sido estímulos que nos han incitado a su estudio detenido. Pese a las reservas impuestas por respeto a la objetividad, no dudamos en calificarla como la más extensa y ambiciosa de los últimos tiempos en el campo de la crítica sanjuanista.

P. EULOGIO PACHO